







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*El fotógrafo de Cristales*

© Del texto: 2014, Albeiro Echavarría

© De la fotografía de cubierta: Federico Ríos

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-487-3

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición en: abril de 2014

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016

Segunda reimpresión en Loqueleo: diciembre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

EL  
fotógrafo DE  
Cristales  
*Albeiro Echavarría*

loqueleg



*A Carolina por darle sentido a mi vida*



## El encanto de la lluvia

9

Llueve. Me gusta cuando llueve y estoy metido en la cama. Imagino que el agua forma una corteza invisible que cubre la casa como una gota de silicona sobre una partícula de arena. Nada puede escapar al hermetismo mágico que provoca la lluvia. Mientras siga lloviendo, la vida se reducirá a sus mínimas proporciones. Y entonces, mantendré la ilusión de que tengo mi vida bajo control. Lo mejor de todo es que por algunos minutos —una o dos horas, si estoy de suerte— no voy a fastidiarme con los gritos de mamá. ¡Qué descanso! Cuando ella está de mal humor —que es casi todo el tiempo— añoro un Diluvio Universal que borre del mapa todo el planeta.

Llevo tres horas sin salir de esta caja de cemento. Es el nombre que le puse a mi habitación. Tiene cuatro paredes, un techo grumoso y un piso blanco con vetas marrón. No tiene ventanas porque las habitaciones de las empleadas domésticas son lo más parecido a las celdas de una prisión. Yo la escogí para no oír la cantaleta de mamá y para que nadie me moleste ni me pille cuando estoy concentrado en mis asuntos privados. La muchacha del servicio viene por

la mañana y se va por la tarde, así que no hay peligro de que la reclame. A lo bien: esta caja de cemento me garantiza inmunidad. Me aleja de los coleópteros humanos.

10 Es viernes y son las 8:28 de la noche. He visto en el computador, no sé cuántas veces, las fotos que le tomé a Natalia el día de su cumpleaños. Me considero bueno para las fotos. Las últimas que tomé son de edificios vetustos, de árboles secos, de rostros enjutos y de naturalezas muertas. Para mi perdición, dejé traslucir mi afición a la fotografía —que antes era mi vicio secreto— y mamá me convirtió en su fotógrafo privado. No le importa que le haya dicho mil veces que detesto las fotos familiares.

Ese día —en el cumpleaños de mi hermana— tomé ciento cuarenta y siete fotos. Natalia quedó en veintitrés de ellas. Las he revisado una por una. En ninguna de ellas he podido encontrar pistas. Nada que me revele siquiera una señal de que algo anduviese mal. Ahí está Natalia con su novio Andrés —un auténtico farsante— con Tina, su mejor amiga; con la abuela Anastasia, con el tío Hugo —tiene cara rojiza de alcohólico— y con mi mamá —sonríe pero en el fondo está furiosa porque papá se excusó a último minuto—. Yo no aparezco por ningún lado porque soy el que toma las fotos. Siempre he sido invisible y a nadie parece importarle. Bueno, yo también prefiero no salir en las fotos. Odio la sonrisa impostada que me aparece en los labios cuando me veo obligado a decir *whiiiiisky* o cualquier otra pendejada que se le ocurra al que toma las fotos.

Después de darme cuenta de que no pasa nada, de que el tiempo transcurre y nadie se pellizca, he decidido acep-

tar la propuesta de Niche: voy a reunirme con Patecabra, el líder de una pandilla de Siloé que sabe todo lo que ocurre en el bajo mundo de Cali. Niche dejó entrever que Patecabra me puede ayudar a encontrar a mi hermana.

Al otro día de la fiesta, el nueve de mayo, mi hermana no regresó a casa después del colegio. Ella le había pedido permiso a mamá para irse con Tina, así que di por hecho que no iría conmigo en la ruta. Nadie la extrañó porque ella tiene la costumbre de irse a casa de los papás de Tina una o dos veces por semana.

11

Mi mamá la llamó como a eso de las cuatro de la tarde, y no contestó el teléfono. Entonces le timbró a Tina y ella respondió que no tenía idea de dónde estaba mi hermana. Se habían visto en el recreo y eso fue todo. Por lo que supe después, ahí se armó la de Troya. Mamá llamó a sus amigas, al colegio, a Andrés, a la familia pero nadie dio razón de dónde se encontraba mi hermana. ¿Se le olvidó preguntarme a mí o fue que no me quiso asustar?

De no haber sido por Felipe, mi segundo mejor amigo, no me habría enterado de lo que estaba ocurriendo. *¿Ya apareció tu hermana?*, me puso en una ventana de Facebook como a las nueve de la noche. Salí de la caja y me encontré con mi tía Rosaura. Estaba pálida como un cadáver. Con tono grave —como si la voz le saliera de un radio mal sintonizado— dijo que mamá estaba en el puesto de policía de San Fernando. Ahí fue cuando me enteré de lo que estaba ocurriendo con mi hermana. Quedó confirmado que mi caja de cemento podía resistir los embates del fin del mundo.

Natalia y yo mantenemos una relación más o menos cordial. Ella no se mete en mis cosas y yo me hago el desentendido en todo lo que tiene que ver con sus amistades. Después de una pelea monumental, terminé por hacerme el de la vista gorda con lo que sé de su novio. Me cuesta mucho hacerlo. Me gustaría abrirle los ojos para que vea la clase de persona que tiene al lado. Se llama Andrés pero en el colegio le dicen Pirrinche. Es un auténtico bandido. Goza de cierta popularidad porque vende éxtasis. Mi amigo Ferney le compra los viernes tres pastillas para consumirlas en las fiestas de música electrónica que tanto le gustan. Siempre me las muestra como si con eso me alegrara el día: tres caritas felices de color amarillento. Pirrinche se ampara en que nadie se va a imaginar que él, con la pinta que tiene y lo ricos que son sus papás, pueda ser un vendedor de drogas.

No es fácil explicar lo que sentí cuando me di cuenta de que mi hermana no iba a dormir esa noche en la casa. Uno se acostumbra tanto a la gente que con el tiempo ni siquiera percibe su presencia. Las personas —al igual que un cuadro, una lámpara o una mesa— están condenadas a convertirse en escenografía rutinaria. Llega el momento en que todo lo que rodea nuestra existencia se vuelve invisible. Uno nunca se levanta a admirar la base torneada de la mesa de centro o a lanzar un suspiro por el melón contorsionado que aparece en el bodegón del comedor. Con el tiempo, todos los objetos empiezan a hacer parte de un decorado inútil que no expresa nada. Me considero un buen observador. Debe ser por eso que tomo buenas fotos. Pero resulta

que cuando tomo una foto aprovecho la primera impresión. Si dejo pasar mucho tiempo, puedo perder el interés que el tema me había despertado. Y eso pasa muchas veces ya que las cosas más atractivas aparecen cuando no llevo la cámara colgada al cuello. Mi hermana —no me apena decirlo— siempre fue para mí como una de esas porcelanas que mamá fija sobre las mesas o las repisas.

Pero algo cambió al saber que Natalia había desaparecido. Fue como si la casa hubiese dado un vuelco y los objetos hubieran arrojado al piso su capa de invisibilidad. La lámpara de la sala brilló como una constelación a punto de ser devorada por un agujero negro. La gorda de Botero —con la que le pagaron un negocio a mi papá, y que yo sospecho que es falsa— movió una pierna quedando con cierto aire de coquetería. A mi tía le salieron canas en un segundo —las que no le había sacado mi primo Felipe con todos los líos en los que anda metido—. ¿El sofá tenía tantos cojines? ¿De dónde salió esa máscara que está colgada en la esquina del estudio? La cerámica del piso brilla tanto que parece un espejo. Y ahora que lo recuerdo: ¿no había una alfombra grande de mechas largas que cubría toda la sala?

Me senté en un rincón del sofá. Lo primero que pensé fue que Natalia se había escapado con Andrés. Le lancé de inmediato mi sospecha a Rosaura pero me calló diciendo que Andrés —el lado bueno de Andrés— estaba en ese preciso instante acompañando a mi mamá. ¿Por qué mi mamá se fue con él en vez de llevarme a mí? Ya no dije nada más. Me transporté al mundo oscuro de *Hellblazer*. ¡Cómo le agradezco a mi tío que me haya regalado la colección! Ese

gesto suyo cambió para siempre el concepto que yo tenía de él. De Hugo solo recibía libros de Marcial Lafuente. Novelas del Oeste —amarillentas, rayadas con lapicero y con las hojas dobladas— que yo leía con voracidad pero que me dejaban un sabor amargo en el cerebro. Pero un día, Hugo apareció en la casa con esas historietas de John Constantine y entonces mi vida cambió para siempre. Sentí —por primera vez en mi vida— que tenía un héroe propio y un ambiente propicio —gótico y oscuro— para descargar mis huesos. Hugo me regaló las revistas porque estaban en inglés. Desde entonces quiero mucho a mi tío Hugo, quien, a propósito, no se parece en nada a mi papá. Para empezar, es un alcohólico empedernido. Y para terminar, es muy amable y conversador. Imaginé que *Hellblazer* podría —con sus conocimientos ocultistas— resolver el misterio y traer de vuelta a casa a mi hermana Natalia.

Le acepté a mi tía una gaseosa con un sándwich aunque sé que ella me desprecia. El sentimiento es recíproco. De las tres hermanas de mi mamá, es a la que menos soporto. Su hijo es una peste y ella asume que los demás muchachos son peores que el suyo. A veces añoro cuando era niño y todo el mundo tenía que ver conmigo. No fue sino que me hiciera adolescente para que me empezaran a mirar como si fuera un bicho raro. Sí, yo sé que los adultos odian a los adolescentes. La gente se indispone con lo que no puede comprender. Y yo me pregunto ¿acaso no pasaron por la misma etapa? Rosaura debe imaginar que consumo droga, que me encierro en la habitación a masturbarme y que ando con una pandilla. Algo de eso es verdad pero está lejos de saber

quién realmente soy. A los adultos no les gusta pensar mucho. Pero yo sí estoy seguro de que ella es una bruja que solo está interesada en el dinero que mamá le presta sin esperanza de devolución. En Navidad es la única de las hermanas de mamá que no me regala nada. Las hermanas de papá no cuentan porque viven en Alemania. A pesar de todo, esa noche me pareció que Rosaura no era tan mala gente. Las tragedias bajan a las personas del pedestal y las hacen aterrizar en la cruda realidad.

Me quedé recostado un largo rato en el sofá hasta que mi tía anunció su intención de irse. Dijo que papá llegaría en la madrugada y que mamá no debía tardar. Me pidió que la esperara despierto. Después se marchó a toda prisa como si le diera miedo quedarse conmigo.

Cuando uno está angustiado pierde el control sobre sus ideas. En ese momento —siendo consciente de que algo monstruoso había ocurrido— se me antojó que la soledad no era buena compañía. Lo primero que constaté fue que había perdido el control de mis pensamientos, los cuales fueron creciendo en fatalidad: Natalia se dejó engañar por un empresario X que le ofreció convertirla en modelo famosa pero en realidad ese X era el jefe de una banda que surtía de mujeres a la Yakuza. O tal vez la guerrilla la secuestró y se la llevó para el Cañón de Garrapatas donde ni el ejército es capaz de entrar. ¿Y si un sádico la violó, la estranguló y después arrojó su cuerpo a un lote baldío?

Atribuí esos horribles pensamientos a las noticias que escuchaba todos los días. Es por mamá: ella tiene la manía de poner la radio mientras me sirve el desayuno. Sin du-